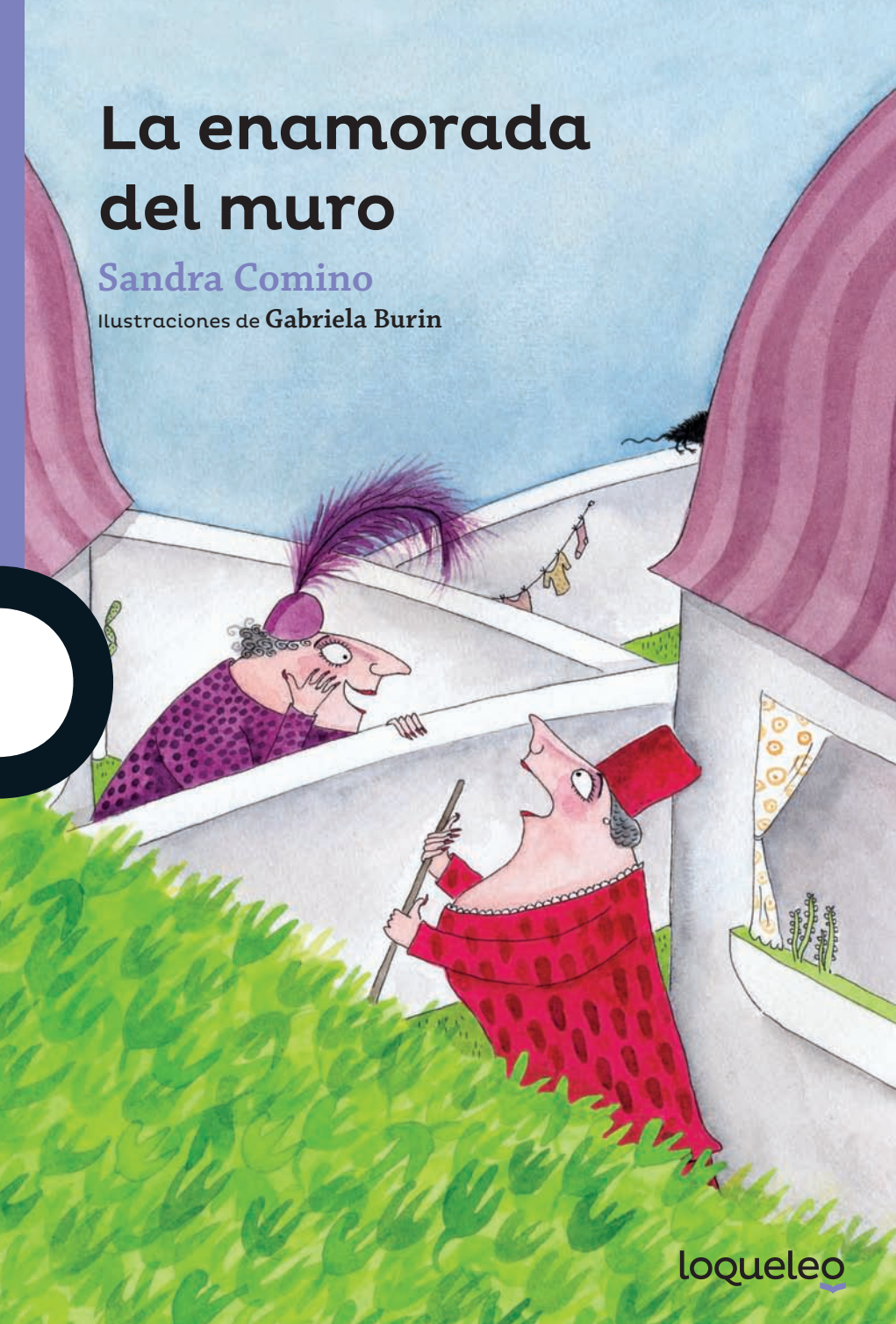


La enamorada del muro

Sandra Comino

Ilustraciones de Gabriela Burin





www.loqueleo.santillana.com

© 2000, SANDRA COMINO
© 2009, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4644-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: GABRIELA BURIN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Comino, Sandra

La enamorada del muro / Sandra Comino ; ilustrado por Gabriela Burin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

48 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4644-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Burin, Gabriela, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

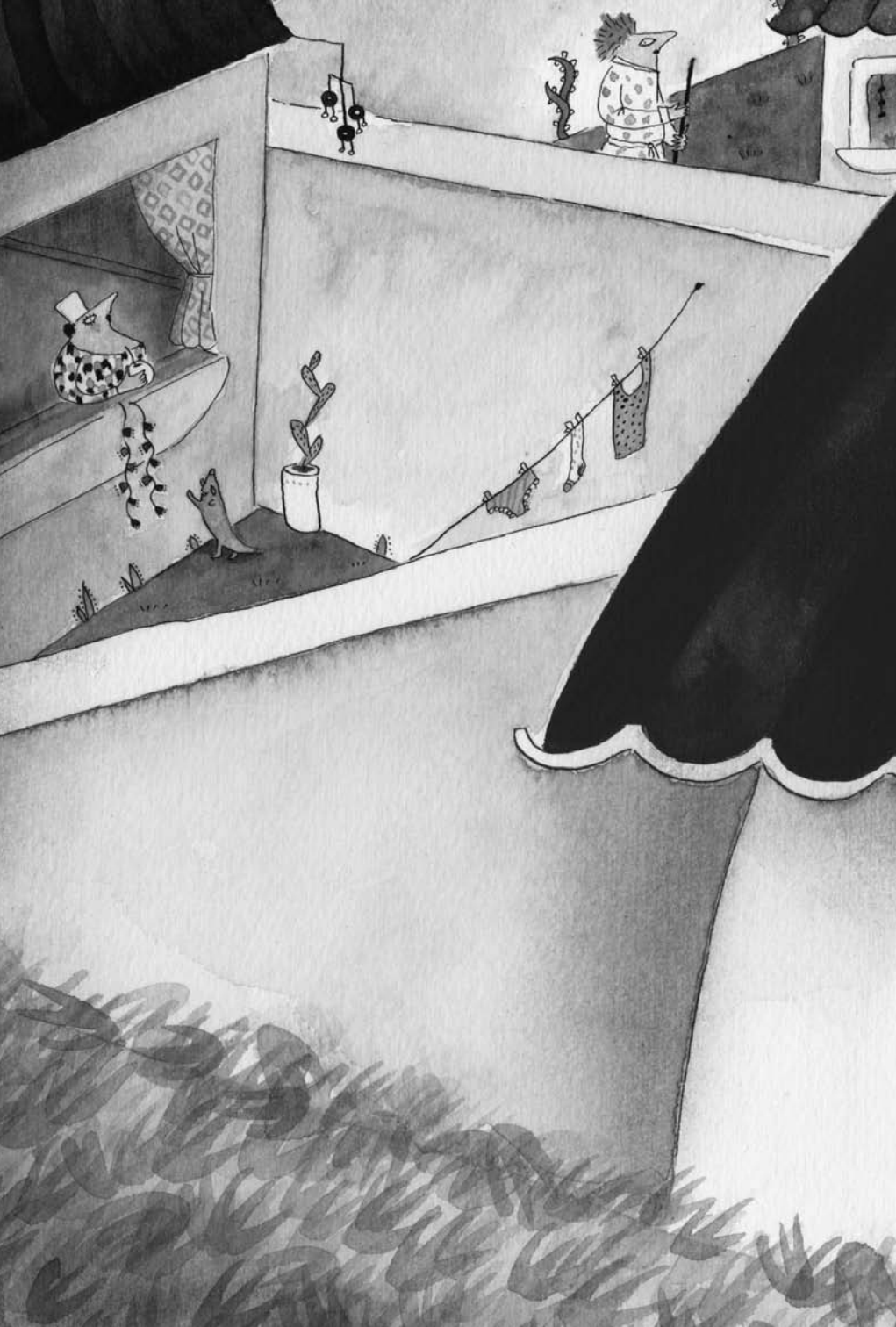
ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La enamorada del muro

Sandra Comino

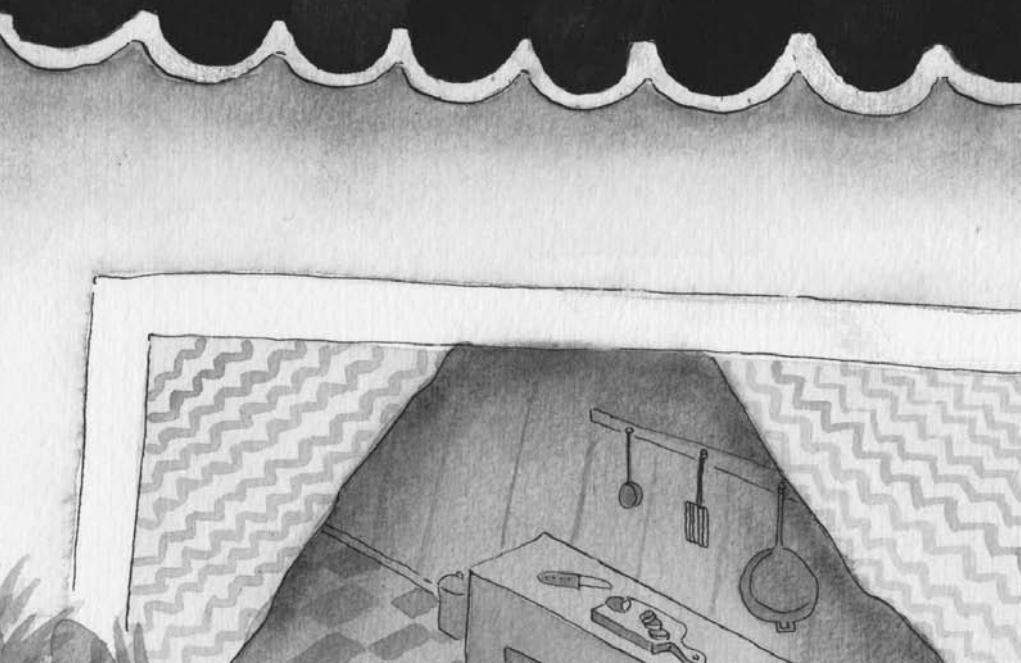
Ilustraciones de Gabriela Burin

loquelego



Todo empezó una mañana, cuando Iván vio lo que vio en el tapial del fondo y se desató la gran confusión. Por eso pasó lo que pasó.

Hasta ese momento todas las mañanas en la vida de Eulogia y de su hijo Iván habían sido muy iguales. Después de desayunar, ella salía a hacer las compras y lo dejaba en la cocina haciendo la tarea para el colegio.





Él se quedaba sentado frente a la ventana, con los libros amontonados sobre la mesa; pero en vez de estudiar se distraía observando el patio, con la vista clavada en el tapial del fondo, donde la enamorada del muro se enredaba hasta perderse entre los tapias vecinos. Allí dejaba Iván su mirada por minutos, y a veces hasta por horas.



Solo una cosa lo arrancaba de ese estado, y era el regreso de su madre, cuando esta abría la puerta y desparramaba todo sobre la mesada de la cocina.

—¿Estabas en la luna, hijo?

—No, mamá, en matemática —mentía, para que no lo retara.

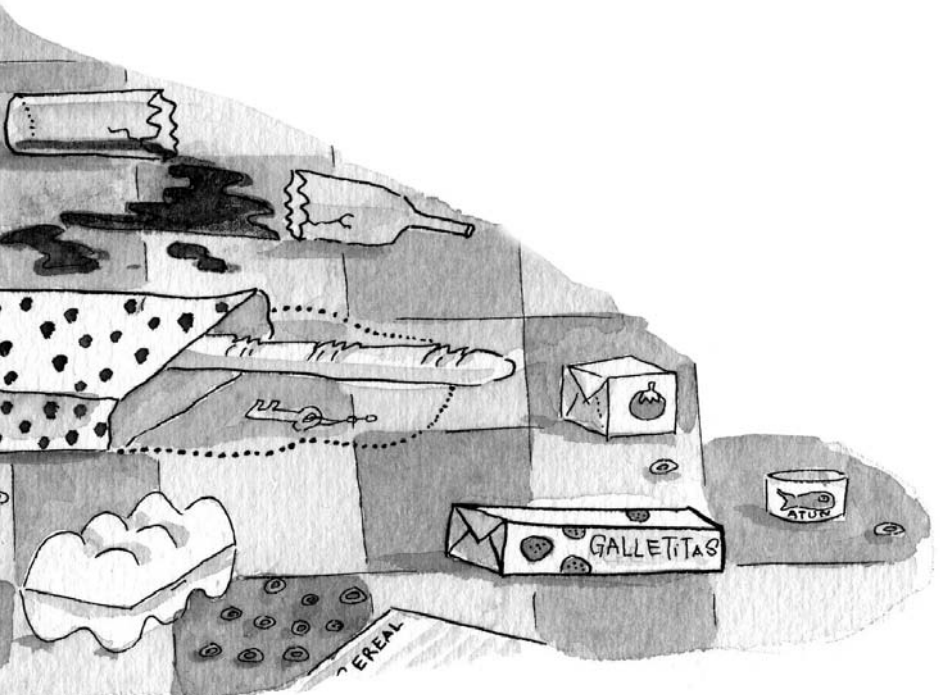
Siempre pasaba lo mismo, hasta el día en que Iván vio lo que vio y pasó lo que pasó.

Esa mañana de abril, justo en el instante en que su madre abría la puerta para entrar, justo antes de que desparramara las bolsas sobre la mesada y le preguntara si estaba en la luna, Iván vio una inmensa rata panzona paseándose por el tapial del fondo, sobre la enamorada del muro.



Fue en ese mismo momento cuando las mañanas dejaron de ser iguales. Él sacó un grito de su garganta y lo lanzó en línea recta hacia donde estaba la rata. Su madre, del susto, tiró las bolsas al piso, siguió el grito con su mirada, vio el animal sobre la enamorada del muro y también gritó. Los dos gritos siguieron hacia el tapial. Asustado, el roedor perdió el equilibrio y, ¡paff!, cayó.

La enamorada del muro tembló.





Madre e hijo, con la palidez que da el pánico, se empujaron, avanzaron y luego retrocedieron. Finalmente fueron a ver a la rata y les pareció que estaba muerta. Ahora sí que gritaron tranquilos y los gritos fueron hacia la calle, y llamaron la atención del panadero, del verdulero, de la peluquera y del sodero, que entraron a la casa sin llamar.



La vecina de enfrente creyó que era un incendio y llamó a los bomberos.

La señora del panadero pensó que eran ladrones y llamó a la policía.

El carnicero, por temor a que fuera un accidente, llamó a la ambulancia, y el almace-
nero les avisó a los de la radio y la televisión,
que fueron los primeros en llegar.





El mediodía los sorprendió a todos en la casa, haciendo cola para ver quién se había caído del tapial.

Mientras tanto, Feliciano, el papá de Iván, como todos los días, cerró el taller a las doce y llegó a la casa para almorzar. Cuando vio el alboroto en la puerta de su casa, se le aceleró el corazón y le empezó a arder el estómago.

—¡Está muerta! —pasó diciendo un bombero.

Y Feliciano, que estaba a punto de entrar, creyó que la muerta era su mujer. Empezó a lagrimear.

—No llore, hombre, la ciudad está llena de seres como ese —dijo el bombero y, rascándose la cabeza, murmuró por lo bajo—: ¿Llora por una rata?

Entre tanto, la sirena del coche de los bomberos seguía sonando, atronadora. La policía se abría paso a empujones y la ambulancia trataba de estacionarse en doble fila. Los de la radio y la televisión ya habían dado la noticia de que había muerto alguien cerca de la enamorada del muro; pero no se sabía bien quién.

